

Pepito busca un hogar

Pepito tenía nueve años y vivía en un barrio donde las luces de Navidad brillaban cada tarde como estrellas atrapadas en los balcones. Sin embargo, aquel año no sentía alegría. En casa había discusiones y silencios difíciles. El niño empezaba a pensar que no había sitio para él en medio de aquel malestar.

Una noche fría se puso el abrigo, tomó una mochila pequeña y salió. No sabía adónde ir. Solo quería encontrar un lugar donde respirar tranquilo y sentirse importante. Mientras caminaba, comenzó a nevar despacio, como si la nieve quisiera hacerle compañía.

Llegó al parque, donde un árbol enorme estaba adornado con luces blancas. Se sentó en un banco helado y suspiró.

— Ojalá encontrara un hogar para pasar la Navidad…

Entonces oyó unos pasitos detrás. Era una perrita de pelo largo y blanco como la nieve. Temblaba de frío y lo miraba con unos ojos dulces que parecían pedir ayuda.

— ¿Tú también estás sola? —preguntó.

La perrita movió la cola con un poquito de esperanza. Pepito abrió la mochila y compartió el bocadillo que llevaba.

— Si quieres, podemos seguir juntos —le dijo, sonriendo.

Decidió llamarla Nieve.

Caminaron hasta el borde del bosque, donde había una casita de madera con humo en la chimenea. Allí vivía Margarida, una vecina de pelo gris y mirada amable. Pepito llamó a la puerta, algo asustado.

— Buenas noches, pequeño. ¿Qué hacéis tú y esta perrita solos a estas horas?

Pepito bajó la cabeza.

— Busco un hogar para pasar la Navidad…

Margarida salió al porche y lo escuchó.

— Todos merecemos un lugar donde sentirnos seguros. Entra, aquí hay un plato caliente y un sitio en la mesa. Y vamos a pedir ayuda para que sepan que estás bien.

La casa olía a sopa. Pepito y Nieve se sentaron junto a la chimenea. Hacía mucho que no sentían tanta calidez.

Margarida escuchó su historia sin interrumpirlo. Después le puso una mano en el hombro.

— No tienes la culpa de las discusiones de los mayores. Es importante que te escuchen y que estés seguro. Te ayudaré a explicar cómo te sientes.

Con la ayuda de Margarida avisaron a sus padres y organizaron el encuentro. Poco después, Pepito oyó que lo llamaban desde fuera.

— ¡Pepito! ¡Estamos aquí!

Su madre y su padre se acercaban por la nieve. Al verlos, el corazón le dio un salto. Mamá lo abrazó con fuerza.

— No sabíamos dónde estabas. Estábamos muy preocupados. Sentimos haberte hecho sentir así.

Papá también se agachó a su lado.

— Vamos a hablar más y a escucharte mejor. Queremos que nuestra casa sea un lugar bueno para ti y vamos a esforzarnos por conseguirlo.

Pepito miró a Nieve, que movía la cola, y a Margarida, que sonreía con cariño. Por primera vez en mucho tiempo sintió que tenía tres hogares: su familia, el refugio de aquella vecina y el corazón fiel de la perrita.

Aquella Navidad volvió a casa. Ya no se sintió un invitado, sino una parte esencial de una familia que estaba aprendiendo a hacerlo mejor. Y, por supuesto, después de comprobar que nadie la estaba buscando y hacer los trámites necesarios, Nieve también se quedó.

Pepito descubrió que un hogar se construye con cuidados, escucha y personas a las que podemos pedir ayuda.